



El viejo olmo

Ricardo Reques

De madrugada, una gélida ráfaga de viento se ha deslizado desde las montañas hasta el valle y ha arrastrado decenas de hojas del viejo olmo. Todo el pueblo se ha quedado en silencio, encerrado en sus casas guardando un temor conocido, esperando con inquietud las voces del primer vecino que se atreva a asomarse al pequeño parque.

Llegué a principios de verano, hace ahora algo más de tres meses. Después de atravesar estrechos desfiladeros entre escarpadas sierras, después de recorrer amplios y verdes prados donde abundan las más variadas flores, se abre un camino paralelo a un arroyo de aguas frescas y límpidas. A lo lejos, en la falda de la montaña, se pueden ver los tejados pizarrosos de las casas de la aldea que se espejan sobre un pequeño lago en el que nace el mismo arroyo que acompaña al camino.

Son pocos los viajeros que alcanzan ésta lejana tierra donde, a veces, con gran dificultad, sólo llegan los todoterrenos mejor preparados y donde es frecuente quedar aislado durante meses bien por la nieve, bien por las intensas lluvias o por la rápida crecida de los cauces y el barrizal que se forma en los llanos.

Hasta aquí me había traído la búsqueda de las últimas poblaciones de una pequeña crucífera del género *Clypeola* que no se ha vuelto a encontrar desde las primeras décadas del siglo pasado. La zona en la que había sido citada por última vez distaba varios kilómetros del lugar en el que me encontraba pero las condiciones ecológicas eran casi idénticas. En cualquier caso, nunca antes se había realizado un inventario sistemático en esta región y tenía la confianza de poder obtener resultados interesantes. Pero no era ese el único motor que me



impulsó a tomar aquel camino. La monotonía de una vida académica demasiado rutinaria, con las clases dirigidas a decenas de alumnos desmotivados, sin vocación y sin perspectivas de futuro junto con la rancia hipocresía, la injustificada vanidad y la despiadada competencia entre mis compañeros de profesión, cuyo único objetivo es conseguir nuevas cotas de poder con el que negociar su hueco en el Olimpo de la ciencia, me desalentaban profundamente. A todo esto, debo añadir las repetidas decepciones en las relaciones personales que me producían una controlada pero hiriente frustración.

Empezaba a atardecer. Con el inicio del verano los días eran más largos pero la sombra que proyectaba la montaña adelantaba el ocaso. La aldea tiene las casas escalonadas aprovechando las pendientes más suaves de la ladera. Tras pasar las primeras construcciones se llega hasta la plaza principal, con un impresionante balcón desde el que se ve el valle verde y compartimentado en pequeñas huertas junto al río rugiente y caudaloso al que llegan las aguas frías de los pequeños torrentes que bajan desde las cumbres. Contiguo a la plaza hay un parque algo descuidado e inclinado en el que destaca un gran olmo bajo el que, aquella tarde, jugaban unos niños.

En la misma plaza dejé el coche y pregunté por la casera con la que ya había pactado por teléfono el precio del alquiler de un estudio. El grupo de niños que jugaba junto a la plaza me acompañó algo alborotado dando voces y riéndose. Uno de ellos no dejaba de mirarme con curiosidad. La casa estaba muy cerca de allí, entre otras de aspecto y dimensión similares, con gruesos muros para aislar de las bajas temperaturas, contraventanas de madera y aspecto sobrio. Me recibió una mujer vieja, viuda y serena que me condujo hasta mi habitación en la planta de arriba. Era una sala amplia con varias estanterías, que rellenaría con algunos libros que traía como equipaje, un armario ropero de gastada madera y una cama de apariencia recia y acogedora. Pegada al amplio ventanal, desde el que se veía parte de la plaza y el verde valle, había una espaciosa mesa en la que coloqué la lupa binocular y el portátil.

Aunque estaba muy cansado por el largo viaje, me sentí relajado y con un cierto aliento de recuperada felicidad. Salí a dar un paseo por los alrededores. Pronto descubrí las pequeñas



dimensiones de aquella aldea cuyos habitantes dedicaban su vida a la ganadería y a mantener sus pequeñas huertas. Esto los convertía, igual que a otras aldeas similares, en autosuficientes, de modo que, durante mi estancia, sólo en dos ocasiones vi llegar un camión con mercancía para abastecer la pequeña tienda y taberna que había. Las comunicaciones, como ya he explicado, eran complicadas, incluyendo las telefónicas pues sólo en contadas ocasiones tenían línea. Los móviles allí no servían de nada y tampoco había forma de conectarse a internet.

Cierto es que por mi complexión física, escasamente atlética, y por mi carácter, más bien retraído y huidizo, nadie podría decir que sea el prototipo de un aventurero pero la idea de alejarme durante un tiempo de todo el mundo que me rodeaba me sedujo desde el principio. Siempre me ha gustado imponerme pequeñas metas personales que he ido superando en mayor o menor medida ayudándome de una férrea voluntad. Por eso, al llegar aquí tenía un ánimo renovado y estaba convencido de haber tomado una de las mejores decisiones posibles. Pero la vida ofrece múltiples caminos; en aquel momento no podía imaginar nada parecido a la situación en la que me encuentro, cuando, más que nunca, voy a tener que poner a prueba mi resistencia física y psíquica si quiero salir de aquí con vida.

De regreso a la casa las chimeneas desprendían su humo grisáceo y daban un agradable olor a leña a las calles empinadas. Los niños ya se retiraban, llevaban en sus manos hojas de olmo a las que habían recortado huecos con forma de ojos y bocas dibujando caras alegres como las de ellos y como las del resto de los aldeanos con los que me crucé. Pensé, en aquella tarde soleada, que mi estancia allí sería apacible.

No tardé en instalarme y, desde la mañana siguiente, me impuse una rutina metódica. Después de desayunar, saldría al campo andando, con una mochila en la que llevaría algo para almorzar, una cantimplora con agua, mis cuadernos de notas y una carpeta con hojas de papel secante entre las que colocaría cada ejemplar de planta que considerase de interés. Con el GPS ubicaría su localización exacta. Las tardes las ocuparía en pasar la información al ordenador y en retomar mi pasión por la literatura, leyendo algunos clásicos y escribiendo notas inspiradas en aquella soledad buscada. Ahora sonrío con ironía porque uso mis cuadernos, plagados de



minuciosos dibujos de la flora local, con el único objetivo de dejar testimonio escrito del espantoso rumbo que ha tomado mi viaje, especialmente cuando las primeras lluvias del otoño han sido torrenciales y es imposible escapar del valle.

Desde aquel primer día, nunca he vuelto ver a la casera aunque en todo momento notaba su presencia dentro de la casa. Por las mañanas cuando bajaba al salón, mi desayuno y mi almuerzo ya estaban preparados. Todo bien dispuesto, con el café recién hecho, las tostadas calientes y, en una bolsa de tela, un par de bocadillos y algo de fruta para el almuerzo. Lo mismo ocurría con las cenas, aquella mujer era buena cocinera y por las noches me deleitaba con sus guisos. Aprovechaba cuando yo no estaba para limpiar mi habitación y hacer la cama y, de vez en cuando, me dejaba algunas notas con ciertas indicaciones como que intentase limpiarme el barro las botas antes de entrar en la casa o que no dejase nunca las ventanas abiertas. Yo tomé la misma costumbre y, cada semana, le dejaba encima de mi cama una hoja con algún comentario y el dinero acordado. A veces la oía trajinar por la casa e intenté en varias ocasiones salir del cuarto para saludarla pero, invariablemente, al escucharme cerraba la puerta del lugar en el que se encontraba con un portazo. No he querido tomarlo como descortesía sino, quizás, como una actitud recatada de una anciana viuda por temor, quizás a lo que pudiesen pensar otros aldeanos que la viesen o escuchasen hablar conmigo, un forastero desconocido.

Los primeros días fueron fatigosos; hacía calor y no estaba acostumbrado a caminar por las pendientes de aquellas laderas. Una de aquellas mañanas recogí algunos ejemplares de interés y me quedé sentado a descansar un rato junto a una gran roca cubierta de líquenes amarillos y naranjas. No tardaron en acercarse unas ovejas y, al rato, un perro ladrando que intentaba llevarlas a unos llanos cerca de un arroyo. Saludé al pastor con la mano e intenté acercarme a él pero se alejó de mí sin dejar de mirarme con una ligera sonrisa en sus labios. No me iba a resultar fácil conectar con aquella gente que me miraba con recelo, aunque no dejasen de sonreír, pero reconozco que era algo que tampoco me preocupaba mucho porque yo mismo soy de carácter tímido y prefiero la soledad de mis lecturas a las animadas y



vociferantes charlas en un bar. Regresé a mi habitación y comencé a ordenar el material recogido. Abrí las contraventanas de madera y me asomé al atardecer. El ambiente era plácido. Los niños jugaban alegres de nuevo en el parque alrededor de aquel olmo que podía medir más de veinticinco metros, con su copa ancha y esférica y el tronco grueso y recto. Ya me iba a dar la vuelta cuando me percaté de la presencia de una mujer joven sentada sobre un bloque de piedra en el balcón de la plaza. Miraba tranquila el valle y el río, con el pelo negro recogido en un moño y con un pañuelo sobre sus hombros. Tomé mis prismáticos para observarla con más detalle; contemplé su cuello desnudo y conmovedor, su mejilla sonrojada y el delicado perfil de su nariz. Sus brazos estaban cruzados sobre el pecho sujetando el pañuelo y, debajo de éste, un vestido de flores que dejaba asomar parte de sus piernas bien torneadas desde la rodilla hasta el tobillo. Unos zapatos negros de hebilla se balanceaban indefensos en el vacío. Mientras la examinaba, uno de los niños del parque se acercó a ella para decirle algo y se alejó después. Ella sonrió. Es probable, pensé, que sea la madre de aquel niño y espera sin prisa a que termine sus juegos.

Aquella noche, como el resto de las noches, bajé a las nueve y la cena estaba puntualmente caliente. La chimenea encendida y el silencio acogedor. Mientras comía sólo escuchaba el choque de los cubiertos, el crujido de la leña, el masticar de mis mandíbulas y mis pensamientos; esos con los que intentaba anticiparme a lo que iba a suceder y con los que organizaba cada instante de mi vida. Visualizaba lo que a continuación haría: recogería la mesa y llevaría los platos a la cocina, vaciaría los restos en el cubo de basura y los pondría en el fregadero. Luego subiría a mi cuarto y, relajado, me pondría a leer durante algunas horas hasta que me entrase sueño. También solía pensar en lo que haría al día siguiente, y para ello me ayudaba de un cuaderno en el que esquematizaba lo más importante; me adentraría en el bosque de coníferas en dirección norte hasta completar el recorrido de ese sector siguiendo itinerarios fijados previamente. Allí, sabía de antemano con seguridad, no encontraría la especie que buscaba debido a la sombra que proyectaban los árboles y al suelo cubierto de acículas pero su prospección era necesaria para cubrir de forma sistemática todo el territorio. Mis



expectativas de obtener resultados positivos estaban puestas en el cuadrante noroeste, lugar al que iría días después.

Me he detenido a explicar esto para que quede clara mi forma de ver el mundo desde la óptica objetiva de un científico. Como tal, intento analizar y racionalizar aquello que veo, pero conviene subrayar que me considero un buen observador y a veces me fijo en determinados detalles que pueden pasar desapercibidos a otras personas sin ese entrenamiento. Esto me sirve para relacionar sucesos que en apariencia pueden estar desconectados aunque siempre dentro de lo que tiene una lógica estricta. Estas cualidades tienen un cierto valor para un ecólogo, sin embargo, lo que sucedió en las semanas siguientes escapa a mis esquemas rigurosamente racionales y eso me hace estremecer y sentirme desamparado; me produce escalofríos que no diferencio de los del frío que ahora intento soportar. Los cimientos sobre los que se ha construido todo mi universo vital se tambalean.

A finales de agosto una fuerte lluvia y un viento enloquecido cambió el rumbo de los acontecimientos. Aunque al día siguiente salió el sol y las temperaturas eran del todo agradables, los niños ya no salían a jugar y alguno que pude ver por las calles del pueblo iba triste y sollozando, con los ojos vidriosos, igual que sus madres. Los hombres con el ceño fruncido me miraban de reojo al pasar y, si yo intentaba sonreírles al saludar, miraban hacia el suelo o hacían un gesto de desprecio sin una razón aparente salvo la de ser ajeno a aquellas tierras. Así, con ese ánimo en el pueblo, pasaron varios días en los que no me comuniqué con nadie, me sentía aislado aunque avancé mucho en mis trabajos cumpliendo de modo escrupuloso el método que me había trazado. Cada tarde, al asomarme a la ventana veía a aquella hermosa mujer que miraba al atardecer y me fui acostumbrando a su sosegada presencia hasta tal punto que el momento del día más deseado era aquel que, con mis prismáticos, la contemplaba callada e indiscretamente. Ella también lloraba.

Apenas pude conciliar el sueño en los días siguientes; intentaba imaginar qué ocurría en aquel pueblo, pero sobre todo quería desvelar el misterio que rodeaba a aquella mujer. Las salidas al campo me servían para dejar de pensar en todo aquello durante unas horas, para



dejar de repasar su imagen en mi memoria; pero las tardes las pasaba inquieto, dando vueltas dentro del estudio esperando el momento en el que ella apareciese. A veces llegaba acompañada de una amiga, o quizás fuera su hermana, y permanecían un rato charlando. Después, se quedaba sola y triste.

Por fin, una de esas tardes me decidí y bajé a la plaza. Escuché abrir la puerta de la habitación de mi casera quizás sorprendida de que saliese a esa hora, poco antes de la cena. Me giré hacia ella pero sólo llegué a ver su sombra. La mujer estaba allí como cada tarde, sentada y con la mirada perdida en el horizonte, en la atmósfera naranja y silente del atardecer. Me acerqué a ella y, con indecisión, le di las buenas tardes. Sollozando y algo ruborizada me dijo, de forma brusca, que me fuera de aquel pueblo ahora que aún estaba a tiempo y que no volviese más. En ese momento me di cuenta de que, desde que llegué a aquella aldea, era la primera vez que alguien me dirigía una frase completa mirándome a los ojos. Una mirada llena de anhelos, temores y cansancio. No podía dejar de mirar su boca. Quise besarla, recoger con mis labios las lágrimas que, sin consuelo, resbalaban por sus mejillas, rodearla con mis brazos para alejarla del frío de la tarde, calentar sus pies desnudos con el vaho de mi aliento y con mis manos. En lugar de eso me alejé de ella. Me acerqué al viejo olmo y sentí la necesidad de abrazarlo. Sobre el césped vi que todas las hojas caídas tenían caras troqueladas, algunas pocas sonreían pero la mayoría se repartía entre la tristeza y el enojo, igual que los habitantes de aquel lugar.

Aquella noche fue una de las más penosas de mi vida. Me maldecía por mi estupidez, por mi cobardía y a la vez intentaba ordenar todos los sucesos para buscar su lógica. A la mente volvían aquellas hojas del olmo con pequeños huecos a modo de ojos y una boca con expresión afligida y lastimosa que habían recortado los niños. Pero no había niños en el parque. No los ha habido desde la tormenta.

No sé la hora a la que me quedé dormido pero me desperté tarde y algo aturdido. Desayuné y, en lugar de salir a hacer los muestreos rutinarios en el sector suroccidental como me correspondía aquella nublada mañana, se me ocurrió la idea de ir a la taberna a tomarme



un café e intentar conversar con alguien de allí. Quería poder entender el comportamiento de ánimo tan cambiante de aquellos aldeanos y alejar con ello todo el sinsentido que acudía a mi cabeza. Pero todo fue inútil. Sólo obtuve una respuesta parca y huidiza con la que el tabernero se excusaba por no tener café preparado mientras me acompañaba hasta la puerta para cerrarla desde dentro.

Desconcertado me dirigí a la escuela que también servía de biblioteca. Era sábado y no había niños pero la puerta estaba abierta y entré sin más. Estuve mirando por las estanterías en las que había cuentos pero también novelas y libros de historia. Me llamó la atención uno que reposaba en el anaquel más alto y que estaba encuadernado a mano. Sus páginas no estaban impresas sino mecanografiadas por lo que debía ser una copia única. Trataba sobre ciertos horrores padecidos por los aldeanos hace algunas décadas, del ahorcamiento popular a una especie de cacique medio brujo que les oprimía y de una extraña maldición que éste les echó. Todo aquello era confuso e incoherente. No quise seguir leyendo, cerré el libro y salí atropelladamente. Nadie me vio o al menos eso creo. Me encerré en mi habitación, me sentía inquieto e intenté relajarme ordenando distintos tipos de semillas con la ayuda de mi lupa binocular. Me quedé dormido y me sobresalté al golpearme la cabeza contra la mesa. Ya había oscurecido, bajé al salón y mi cena estaba como cada noche sobre la mesa, pero estaba fría y yo sin apetito. Llamé a la casera, golpeé las puertas, grité, pero nadie respondió. Regresé al estudio y exhausto me dormí profundamente.

A la mañana siguiente bajé a desayunar, quería recobrar la inercia que me había impuesto, terminar aquel estúpido trabajo y regresar a la ciudad. Y cuando estaba convencido de ello, volvía la imagen de aquella perturbadora mujer que lloraba sin yo saber por qué. Aquella mujer a la que no me atreví a consolar. Ya en aquel momento mi proyecto científico me parecía ridículo y carente de sentido. Hace sólo unas semanas pensaba que era de lo más interesante y con él quería poder demostrar el error en el que estaban algunos de mis colegas que consideraban falsa la información precedente sobre la presencia de esa especie en estas latitudes.



No fui a muestrear tampoco ese día. Intentando ser amable di los buenos días a las pocas personas que encontré a mi paso pero ninguna me devolvió el saludo. Un niño lánguido y apenado que pasó a mi lado me sacó la lengua. Bajé hasta el río intentando ordenar las ideas. Podría terminar el trabajo en unos días y volverme de nuevo a mi rutina conocida y controlable, desaparecer de aquel insólito lugar en el que la gente cambia de humor igual que las caras que recortan los niños en las hojas del viejo olmo. De lejos vi algunos hombres que estaban en las huertas arreglando las zanjas de riego o recogiendo en canastas las verduras. En apariencia todo estaba tranquilo pero la atmósfera seguía cargada de tristeza y el dolor se había instalado en el rostro de aquellos habitantes.

Junto al río, sentada sobre una roca, con los pies desnudos balanceándolos dentro del agua, estaba aquella mujer que ocupaba de noche y de día mi pensamiento. Me acerqué a ella. El sol de la mañana le hacía más bella. "Siento que no fui muy amable con usted", me susurró, pero esta vez sin mirarme, "se lo dije de corazón, por su bien, váyase antes de que sea demasiado tarde. Aquí no nos gustan los extraños, nosotros nos conocemos y aceptamos nuestra suerte". De nuevo las lágrimas resbalaron por su mejilla, sus largas pestañas se agitaron; me fijé en sus manos, en sus dedos largos, finos y sin anillos. Se incorporó, recogió sus sandalias y descalza se alejó de mí para siempre. Mi desesperación creció amargamente en un silencio contenido.

Los vientos del norte habían llevado el otoño hasta aquellas tierras, las lluvias, aunque ligeras, empezaron a ser continuas. Ya había terminado el trabajo acostumbrándome a la incomprensible congoja de aquella aldea. Para mi fracaso, había recorrido concienzudamente todo el territorio y no había encontrado la planta que buscaba. Mi ánimo estaba por los suelos y sólo deseaba regresar a mi casa y empezar otra vez la rutina del nuevo curso académico.

Anoche me despertó el golpeteo de las contraventanas que no había cerrado bien. Un fortísimo viento barría el valle. Desde la ventana se veía el destello de relámpagos lejanos. Al amanecer todo había cambiado de nuevo, el silencio era sepulcral. Aquella mañana no tenía preparado el desayuno así que me lo hice yo mismo. No me tomé la molestia de llamar a la



casera porque sabía que no me respondería; por la rendija de la puerta resbalaba la luz de su habitación y casi podía escuchar el ritmo descompasado de su respiración. Dejé el dinero que le debía sobre la mesa del comedor con una amable nota de despedida. Recogí todo dispuesto a alejarme de allí para siempre. No había nadie en las calles, cargué el coche con las cajas de libros y el herbario que había recopilado hasta que escuché un grito que venía del parque y que me dejó helado. Sólo vi la sombra de un hombre que se refugiaba en su casa. Me acerqué corriendo al parque para ver lo que había pasado pero no noté nada raro por los alrededores salvo esa presión aplastante y muda que antecede a lo desconocido. El suelo estaba cubierto con las últimas hojas caídas del olmo que ahora estaba desnudo esperando la llegada del frío invierno. Cogí algunas y observé que todas tenían recortadas caras con expresión de odio. Decenas o centenas de hojas con la misma cara.

Debía de estar loco si aquel hombre que vi correr hizo algo así durante la noche. Miré hacia arriba y advertí que de varias ramas aún colgaban algunas hojas a punto de caer. Torpemente trepé por el árbol hasta llegar a la primera ramificación. Allí encontré los restos de una cuerda podrida y recordé aquel libro en el que se describía el ahorcamiento de una persona, pero no fue eso lo que me estremeció. Lo que me dejó paralizado fue comprobar que una absurda hipótesis que llevaba tiempo formulando en mi cerebro se cumplía: alcancé algunas de estas hojas que no habían llegado a caer y vi, sin entender y con estupor, que las caras de odio ya estaban allí dibujadas. Aquello escapaba a toda lógica. No eran los niños, ni los hombres los que recortaban aquellas caras. Aquel terrorífico árbol, por una extraña suerte, parecía marcar los sentimientos de aquellas gentes.

Bajé como pude, dando un salto, corrí hacia el coche y cogí un hacha decidido a acabar con aquello para siempre. Sólo había conseguido dar tres o cuatro lastimosos hachazos, pues apenas hice mella en su corteza, cuando escuché un creciente murmullo de voces. Varios hombres y mujeres, con todo su odio dirigido hacia mí, se acercaban empuñando estacas y aperos, mientras otros destrozaban las ruedas y cristales de mi coche. Salí corriendo de allí, apartando a empujones a dos ancianos. Me fijé en ella, en sus ojos verdes decididamente



salvajes y en su cara desencajada por un odio arcaico e irracional. Corrí todo lo que pude hacia el valle intentando, de vez en cuando, mirar atrás para comprobar mi ventaja. Ella también me odiaba.

Me he refugiado del viento cortante en una vieja casa de piedra abandonada que encontré hace algún tiempo en una de mis salidas a la montaña. Sólo he podido traer conmigo el hacha y mi mochila con mis cuadernos, una navaja y algunas pocas cosas más. He podido hacer fuego que calmará el frío de la noche pero no sé cuánto tiempo aguantaré aquí. Ahora sólo puedo esperar. Conozco bien dónde encontrar tubérculos de plantas con los que alimentarme durante un tiempo.

Una de aquellas hojas venía pegada a mi mochila y la he echado al fuego. Se ha consumido como cualquier otra lo hubiera hecho; no había nada especial en ella. Todo esto me parece incomprensible y absurdo; siento pavor por haber sucumbido a lo irracional. Estoy desesperado y siento miedo. Siento también una nueva e incómoda sensación de soledad al tener la certeza de no volver a escuchar la dulce cadencia de la voz de aquella mujer de rostro bellissimo que ni siquiera me reveló su nombre. Desconozco si vendrán a buscarme para matarme o si se olvidarán de mí hasta que, en la próxima primavera, el viejo olmo les devuelva su sonrisa.

